

la novela **frivola** Cinematográfica



N.º
29

Dorina y la Casualidad

FOR
Fay Marbé, Igo Sym, etc.

30
ct.

La Novela Frívola Cinematográfica

Publicación semanal de películas frívolas

Año II Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE N.º 29

Dorina y la Casualidad

Deliciosa comedia, interpretada por
Fay Marbé, Ernst Verebes, Igo Sym
y Hans Thimig

Producción SASCHA

EXCLUSIVAS

Ferrer Stengre. — Alicante

Representante para Cataluña Aragón y Baleares

JOSÉ PIÑOT

Valencia, 228

Barcelona

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis • BARCELONA

Postal obsequio: DELIA MAGANA

Dorina y la casualidad

Argumento de la película

Los personajes de este relato son: la Casualidad, invisible, caprichosa, voluble, femenina... Dorina, muchacha del país del dólar, ligera, vistosa, agradable, una americana de corte moderno... y tres jóvenes inseparablemente amigos: Manuel, matemático, físico, topógrafo, inventor... y buen chico por añadidura; Roberto, que se tenía por bello y se creía la locura de las damas, y Pablo, que en su vida fué nada; pero era el eterno aspirante a no sabía qué...

Dorina recorría en su lujoso automóvil las hermosas tierras suizas. Aquella tarde, a tiempo que guiaba su coche de conducción interior, dijo a su criado, un hombretón de color negro:

—Es un paisaje encantador... ¡Qué bellas lejanías! Dentro del coche iban también tres compañeros de

viaje de origen japonés. Tres perritos. Dorina cultivaba la confraternidad de razas.

Poco después, en uno de los cruces estuvo a punto de ocurrir una catástrofe.

El carruaje vino a derribar un trípode que estaba en medio del camino sosteniendo un aparato de topografía.

Al pretender desviarse, chocó con un árbol, derribándolo y produciendo con la violenta sacudida una seria avería en el motor.

Manuel, que había ido a aquellos parajes a realizar trabajos de su profesión, corrió hacia el coche temiendo hubiera ocurrido algún daño a sus ocupantes.

Ayudó suavemente a descender a Dorina que daba muestras de espanto.

Sonrió al comprobar la morbidez de su cuerpo

—No se asuste, señorita. Lamento que mi aparato haya sido la causa del accidente—le dijo.

—Fué mía la culpa por no desviarme a tiempo.

El criado negro examinó el motor comprobando que era necesario llevarlo a reparar.

—¿Y qué vamos a hacer ahora?—dijo la hermosa joven cuya belleza acababa de impresionar profundamente a Manuel.

—Mire... Casualmente pasa ahora por aquí una carreta de bueyes. Los bueyes llevarán su auto a un taller de reparaciones. Entretanto, puede usted aguardar en algún hotel.

—Sí... sí ¡Qué remedio!

—Pero todavía no me he presentado a usted, señorita... Soy Manuel Vereb, un modesto ingeniero...

—Yo me llamo Dorina Smith.

—¿Quiere usted que la acompañe al hotel?

—Muy agradecida.

Y los dos marcharon lentamente, mientras el coche,

adelanto moderno, era remolcado por la vieja carreta de bueyes.

Llegaron al hotel. Una gran amistad pareció haber unido por el camino a los dos jóvenes.



—No se asuste, señorita....

Cenaron juntos, con la alegría de aquel encuentro inesperado que les proporcionaba agradables horas de compañía.

Después de la comida, sazónada por una música de jazz infernal, fueron a dar un paseo.

Al llegar a una vieja calle, les hirió el oído la música que llegaba de una taberna. Miraron por los cristales y vieron en el interior a mucha gente bailando rústicas danzas del país.

—Vamos a entrar, ¿quiere usted?—dijo ella, alegremente.

—No creo que sea sitio adecuado.

—Sea complaciente, Manuel... A mí me encanta todo lo nuevo.

—Entremos, ya que es de su agrado.

Su presencia causó la admiración general. En aquella taberna popular no estaban avezados a ver elegancias parecidas.

Los jóvenes fueron a ocupar una de las mesas del fondo haciéndose servir un refresco.

La música no cejaba en sus notas. Muchas parejas, vestidas con trajes típicos, danzaban en el centro.

—Debíamos bailar, ¿qué le parece?—propuso ella.

—Me parece... imposible... Yo no sé bailar eso.

Acercóse un campesino y dijo con toscas maneras:

—Venga, señorita y baile conmigo.

Atraída por la novedad que le causaba todo lo exótico, Dorina accedió encantada, y en medio del salón comenzó a bailar una danza desenfadada, movida, que causó la admiración de todos.

Otro campesino quiso bailar también con Dorina. El primero se opuso, y los dos hombres comenzaron a tirar, cada uno por su lado, de la dulce americanita.

Manuel tuvo que correr en socorro de la joven y vióse precisado a defenderse de los concurrentes que, disgustados de su intervención, querían agredirle.

Al cabo de varios minutos de intensa pelea, logró escapar con Dorina de aquel antro.

—Habrás usted salido encantada de "lo nuevo". Una delicia, ¿no?—le dijo riendo.

—No me ha desagradado. Me gustan las emociones fuertes. Amo lo original.

Ya en el hotel, se despidieron de una manera defini-

tiva, pues Dorina reanudaba su viaje la mañana siguiente, por hallarse ya reparado el carruaje.

—¿Es usted... casado?—le preguntó Dorina con interés.



... comenzó a bailar una danza desenfadada...

—¿Casado yo?... ¡Dios me libre!—dijo, riendo.

—¡Ni que la mujer fuese un demonio!

—Demonio, no; una incógnita que complicaría mis cálculos.

En el fondo de su alma no creía eso, pero teniendo que separarse de Dorina, no quería por orgullo confesar que se había prendado de sus encantos.

—Bueno, Manuel... muy agradecida a todo.

—Siempre conservaré de usted un buen recuerdo...

Desgraciadamente, como prosigue usted mañana su viaje... no volveremos a vernos.

—¡Quién sabe!... Podría reunirnos otra vez la Casualidad.

Le tendió la mano que él besó amorosamente, y en seguida se separaron aquellos dos jóvenes a los que el destino iba a separar después de un encuentro sin importancia.

* * *

A la otra mañana, Dorina al llegar a una ciudad cercana, dirigióse a uno de los principales hoteles.

No había habitación.

—Como en este hotel, ocurrirá en los demás, señora—le dijo el dueño—. Con las ferias se llena todo.

—Entonces, ¿no es posible instalarse?

—Conozco una pensión de lujo donde estaría usted bien. ¿Quiere que la acompañe un botones?

—Sí... sí...

Media hora después llegaban a aquella elegante pensión. Dorina habló con la propietaria y quedó convenido que ella ocuparía uno de los lujosos departamentos.

—Es una casa muy tranquila... y de confianza. En el piso inferior al suyo, viven tres muchachos de la alta sociedad.

—Trato hecho... Me quedo, señora.

El destino había llevado a Dorina a la misma pensión donde habitaban Manuel y sus dos entrañables camaradas. Manuel había regresado en tren de la vecina comarca a donde fué por asuntos de su carrera.

Después de instalarse y arreglar su equipaje, la joven bajó la escalera para ir al comedor... De pronto resbaló con una piel de fruta que un criado había

tirado poco antes. Vino a caer a empellones perdiendo el equilibrio hasta encontrarse en los brazos de un joven que subía la escalera.

—¡Dorina!—dijo una voz varonil.

Ella le miró y asombrada vió que se trataba del ingeniero.

—¿Tú, querido?

Y sin poderse contener, llevada de la sinceridad de su juventud y de la simpatía que Manuel le había inspirado el día anterior, le dió un rápido beso en la boca.

—¡Ay, perdón!—dijo, avergonzada de su impulso—. ¿Usted aquí, Manuel?

—¿Por qué he de perdonar? Si para mí es una delicia este encuentro. ¿Quién iba a suponer que los dos viniésemos a la misma ciudad? El destino se empeña en unir nuestras sendas... y debemos obedecerle... ¡Cásemos, Dorina!

—¿Así... tan de pronto?—dijo ella riendo—. ¡Es usted una pulmonía fulminante!

—¡La quiero... y deseo casarme con usted!

—Ya lo iremos meditando. Sepa únicamente que me agrada su proposición.

—¿Quiere venir a comer conmigo?

—Donde usted quiera.

Y después de besarse nuevamente, con la confianza de su rápido amor, se dirigieron a un restaurante, pasaron la tarde en un teatro y por la noche fueron a cenar al gran Palace Trocadero.

Manuel encontró una familia amiga, los señores Bourgeois, y les presentó a Dorina. Todos tomaron asiento en la misma mesa.

Entretanto, Roberto y Pablo comentaban en la pensión la ausencia de su amigo.

—¿No ha venido aún el señorito Manuel?—preguntó Roberto a un criado.

—Hoy come con su novia—respondió el mayordomo que había visto por la mañana besándose en la escalera a los dos tórtolos.

—¿Pero tiene novia? ¿Desde cuándo?

—Desde esta mañana... Yo presencié la tragedia.

—¡Pobre Manuel! Tan equilibrado hasta ayer... ¡y hoy para casarse!

—Lo increíble es que no nos haya presentado a su prometida—dijo Pablo.

—No es extraño... Ve en mí un rival temible.

—¿En ti nada más? Como si yo fuera un coco. ¡Adiós, Narciso!

—Porque se puede.

Cenaron con buen apetito, y acabado el yantar, Pablo se preparó para salir.

—¿Me acompañas al Trocadero a bailar un rato?

—No, Pablo. Prefiero dormir.

Pablo marchó de su piso, y Roberto se dirigió a su habitación para descansar.

Llamó al criado que estaba a su servicio desde primera hora de la mañana hasta la noche, y le dijo:

—Ya no le necesito. Cuando quiera puede marcharse, Román.

—Perfectamente, señor.

El criado fué a abrir la puerta y movió la cabeza con expresión de contrariedad.

—Antes se abría por dentro sin llave...—dijo—. Sí que es un engorro la cerradura patentada del señorito Manuel...

—Lo es de veras...

—No puedo abrir... No encuentro mis llaves, señorito.

—En la mesa de noche están las mías.

Cogió el criado las llaves y salió del piso después de haberse apoderado furtivamente de unos cigarros puros de su amo. Marchó dejando la puerta entornada.

Y mientras, allá, en el Trocadero, Manuel se despedía de su novia.

—Pero, ¿no quieres bailar conmigo?—le decía ella.

—Mi tiempo está tasado... He de salir de viaje esta noche.

—Sólo unas vueltecitas...

Accedió a ello, pero cerca de medianoche tuvo irremisiblemente que partir.

Dorina manifestó su disgusto, pues hubiera deseado permanecer más tiempo allí.

—¡Déjela con nosotros! Llevaremos a su novia a casa—le dijo una de las señoras que estaban con él.

Accedió Manuel de mil amores y subiendo a un automóvil se hizo conducir a la lejana estación. El tiempo apremiaba. ¿Se le iba a escapar el tren?

Pablo llegó al restaurante. Fué a saludar a la familia Bourgeois de la que era amigo. Ello le dió ocasión de conocer a Dorina, la novia de su camarada.

Bailó varias veces con ella. Pero luego se retiró a otra mesa, comprendiendo que Manuel se disgustaría si danzaba demasiado con la yanqui.

Dorina no volvió a bailar con nadie, pero en cambio bebió hasta sentirse mareada.

—Quiere usted desquitarse de "su" ley seca, ¿verdad? Cuidado, amiguita, que el alcohol tiene bromas pesadas—le dijo la señora Bourgeois.

Pero Dorina siguió bebiendo.

Comprendiendo que si seguía allí iba a dar un espectáculo, la señora Bourgeois le rogó:

—¡Vamos, señorita! Ya sabe que hemos prometido acompañarla a casa.

Accedió Dorina y pocos minutos después se encontraron en el recibidor de la pensión.

—¡Gracias... muchas gracias!—dijo la joven, despidiéndose de sus amigos—. ¡No se molesten más!... Ahora voy derechita a mi piso.



—Ahora voy derechita a mi piso.

Marcharon los señores Bourgeois, y Dorina, agitada por el alcohol, comenzó a subir la escalera. Le parecía que todo bailaba... como en el restaurante.

—¡Quieta, quieta! —decía, mirando la escalera—. ¡Este barco baila más que el que me trajo a Europa!

Desorientada por las frecuentes libaciones llegó al primer piso donde tenían su habitación los tres amigos,

Al ver la puerta entornada, sin darse cuenta de su error, la abrió del todo, penetrando en la obscura habitación y cerrando por dentro.

Fué a encender la luz, creyendo que se encontraba en su piso, pero tropezó con unos muebles y cayó en tierra produciendo gran estrépito.

Roberto, que dormía en la contigua estancia, despertó bruscamente y corrió a averiguar lo ocurrido.

Al dar la luz, vió tendida en tierra a una mujer maravillosa, una criatura de belleza sin par.

Se echó a reír y exclamó:

—¡Y luego dicen que no caen angelitos del cielo!

Dorina se incorporó penosamente, y la presencia de aquel joven en pijama pareció volver la lucidez a su cerebro.

—¡Oh, perdone... perdone!... Creo que mi piso es el de arriba... Debo haberme equivocado.

—¡Señorita!

La ayudó a levantarse y al hacelo, estrechó contra él en un impulso audaz los tesoros soberanos de aquel cuerpo tibio

Ella le rechazó con acritud.

—Usted también se ha equivocado, joven—le dijo.

—Usted dispense, señorita.

Avanzó hacia la puerta. Estaba cerrada y en vano Dorina pretendió abrir.

—¿Cómo se abre?

—¡Ay! Cerró usted al entrar, ¿verdad? Pues ya no hay modo de salir. La cerradura patentada no puede abrirse sin llave.

—Pues coja usted la suya.

—Hace un rato que se la llevó el criado. ¡Maldita Casualidad!

—Sí... una Casualidad... en la que no va a creer el

más cándido—dijo airadamente—. Me pone usted en un gravísimo compromiso

—Lo siento mucho... créalo... A las seis de la mañana, cuando el criado entre, podrá usted salir.

—¿Viéndome el criado? Lo único que faltaba para que no lo sepa nadie.

—Daría cualquier cosa para evitarle ese pesar, señorita...

Ella sonrió y quitóse el hermoso gabán dejando al descubierto los brazos desnudos, magníficos y perfumados, verdadero nido de tentación.

—Me quedaré, si no hay otro remedio—dijo—. Si pudiera convertirme en gas, cabría el escape.

—Procuraremos evitar que nadie se entere...

La miró con verdadera pasión... ¡Qué criatura! ¡Y estaban solos los dos, encerrados, sin que ella pudiera salir! ¡Magnífica ocasión para unas horas de caricias febriles!

—Me mira usted de un modo...—dijo ella, temerosa.

—Como se mira a una mujer que nos enloquece...

—¡Cuidado, señor!...

—Roberto Gilbert, para servirla.

—Yo soy Dorina Smith, la ocupante del piso de arriba.

—Señorita... voy a prepararle a usted un café... Perdón... La dejaré sola un momento... Necesito cambiarme de traje

—¡Vaya usted... vaya usted!

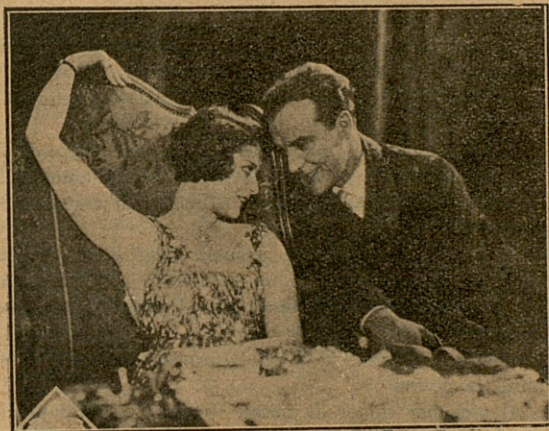
Estaba ya totalmente despejada, pero, mujer moderna, nada temía, se resignaba con su situación.

Volvió Roberto vestido con traje de calle y trayendo el café. Ella apenas lo saboreó, tenía sueño. La agitación de aquella noche rendía su voluntad.

El joven estaba loco de contento ante la presencia

de aquella mujer. Pero hombre correcto, no olvidaba su caballerosidad.

Puso al fonógrafo una placa titulada "Porque te quiero", y la estancia se llenó de poéticas notas musicales.



... vertía a su oído madrigales.

Ella sonreía dulcemente mientras Roberto vertía a su oído madrigales... ¡Qué encantadora era Dorina! Y sus ojos devoraban los hermosos labios que hubiera querido besar, el seno armonioso, los brazos incomparables...

—¡Tengo sueño... mucho sueño!—decía ella.

Y acabó por dormirse, a tiempo que la música apagaba sus últimos sonos.

Roberto la cubrió dulcemente y sin poderse conte-

ner besó varias veces aquella boca de flor que expelía un perfume tibio.

¡Ay, si fuera el dueño de tan hermosa mujer... o a lo menos, a lo menos... el usufructuario!

* * *

Manuel había llegado tarde a la estación. El tren acababa de arrancar en aquel instante.

—He perdido el tren por una décima de segundo— se dijo.

Y lamentando su mala suerte tuvo que regresar a la pensión, a pie, pues no encontró ningún automóvil, como si los taxistas se hubiesen declarado aquella noche en huelga.

Tras una larga hora de caminar llegó a la pensión encontrando en la puerta de la calle a su amigo Pablo que regresaba del Trocadero después de haberse divertido mucho.

Subieron al piso, y Manuel, provisto de sus llaves, abrió la puerta.

Al escuchar rumor de pasos, Roberto despertó precipitadamente a Dorina y ordenó se ocultase en la vecina alcoba.

¡Qué compromiso para la reputación de aquella mujer!

Entraron los dos amigos, y al ver a Roberto sentado tranquilamente ante una mesa en la que había dos tazas de café, se echaron a reír. Se respiraba en el ambiente un inconfundible olor a mujer...

—Hubo compañía, ¿eh?... Y femenina, seguramente —dijo Manuel.

—¡No... no!

Pero en aquel momento Manuel fijóse en una cinta de seda caída en el suelo. La recogió y vió emociona-

do que era una cinta igual a la que aquella noche llevaba Dorina en la cabeza.

—¿Qué significa eso?—rugió—. ¡Mi novia, Dorina, está aquí!

—¿Tu novia?

Roberto bajó la cabeza, avergonzado. ¿Conque aquella mujer que había entrado involuntariamente, era la novia de su amigo?

—Verás, yo...

Pero Manuel apartando—a un lado a su amigo, corrió hacia la alcoba y entró en ésta, cerrando luego la puerta.

¡Su Dorina, la mujer que creía pura y honrada, estaba allí y había pasado la noche a solas con Roberto!

Llorosa, la pobre muchacha avanzó hacia él y le suplicó:

—No me culpes de nada, Manuel... Culpa a la maldita Casualidad que me trajo aquí.

—¡Un matemático no puede reconocer el factor Casualidad! ¡Qué estúpido he sido en creer en tus palabras!

—Pero, Manuel.

—¡Calla!... no quiero saber más de ti.

Volvió a salir dejando en el cuarto a su novia.

Miró a Roberto y a Pablo que le contemplaban con temor y dijo, con indiferencia:

—Ven, Pablo... Esta noche me pide el cuerpo alegría... ¡Vamos a beber champaña!

Y cogiendo del brazo a su amigo, marchó hacia su habitación para destapar una botella de champaña y alegrar el ánimo contristado.

Roberto hizo salir momentos después a Dorina, quien al llegar a su piso dijo a la doncella:

—¡Arregla el equipaje! Nos vamos hoy mismo de esta casa.

Roberto fué al cuarto de sus amigos a dar explicaciones a Manuel. Pero éste, severo y grave le atajó:

—¡Basta ya! No intentes justificarte... Hiciste entrar a esa muchacha en tu cuarto... No quiero saber más.

—Pero, ¿por qué no me crees? La puerta abierta... Dorina un poco achispada...

—No te canses... Y ya sabes el deber de un caballero que compromete una reputación de mujer.

Roberto bajó la cabeza y salió de la estancia, contristado por aquella infinita pena que causaba a su amigo... Dorina le gustaba, pero jamás hubiera intentado quitársela a su compañero... Mas ya que Manuel le exigía que fuese a darle una reparación, al día siguiente se dirigió a visitar a Dorina.

¡Fuese lo que quisiera Dios! Al fin y al cabo, Dorina era una mujer preciosa... con la que no se iba a vivir mal.

—Señorita—le dijo—. Después de bendecir a la Casualidad que me hizo conocer y amar a usted... vengo a pedirle su mano.

—Permítame que me reserve la respuesta... hasta que reflexione...

Le despidió cariñosamente. Estaba disgustada con Manuel por haberla creído capaz de mancillar su honra de aquel modo... Pero Roberto era un apuesto y simpático muchacho...

¡Quién sabe si con el tiempo le substituiría en su corazón! Para el amor ella era muy veloz, tan veloz como su coche de seis cilindros...

* * *

Dorina se había trasladado a una lujosa casa, alquilándola por un trimestre.

Finalmente, después de mucho meditarlo y ante la

intransigencia de Manuel, había accedido a ser la prometida de Roberto. Se casaría dentro de algunos meses.

Pablo, muchacho de una tontería mayúscula, estaba locamente enamorado de Dorina desde el día en que bailó con ella en el Trocadero. Y continuamente y con el mayor secreto le enviaba flores y cartas confesándole su amor, aunque conservando siempre el incógnito.

Aquel día Roberto al llegar a casa de su novia encontró una carta y unas flores del anónimo enamorado.

—Me duele enfadarte, Dorina... Pero si descubro quién te envía esas cartas y esos ramos, voy a presidio.

—Yo no conozco a ese hombre... ¿Y soy yo culpable de inspirar pasiones?... En cambio, tú sí lo eres de no tener nunca tiempo para mí.

—Te engañas porque hoy estoy libre. Luego vendré a buscarte para ir al baile de máscaras.

Entretanto Pablo había redactado para la mujer de sus pensamientos, una inflamada carta:

Idolatrada Dorina: ¿Por qué permanece insensible a mis súplicas? ¿Por qué no accede a disipar en una entrevista, la duda que atormenta mi amante corazón?

Si se decide a recibirme, deje esta noche el balcón abierto y ponga en la ventana una vela encendida. Esto será señal de que abre usted el cielo a su enamorado.

X.

Entregó esta carta al chofer de Dorina, el cual a cambio de una buena gratificación la puso sobre la mesa del salón de la casa.

Dorina se hallaba en su habitación discutiendo con

la doncella que le comunicaba se le había escapado una de las perritas.

—¡Corred a buscarlas!—dijo, furiosa—. ¡No me resigno a perder una perra!

La doncella y el chofer se lanzaron por las calles contiguas en persecución de la traviesa fugitiva.

La hermosa perrita japonesa se había escapado de la casa, aprovechando un instante en que dejaron abierta la puerta.

El animalito recorrió velozmente varias calles hasta llegar a la pensión donde su amita se había hospedado un día.

En uno de los corredores la encontró Manuel, quien la cogió alegremente.

—¿Cómo está tu amita, "Geisha"?... ¿Qué te trae por aquí? Vamos, cuenta algo.

Pero como la perrita no contestara a sus preguntas limitándose a mover el rabo, Manuel la cogió y la llevó a la casa de Dorina.

Esta, que se hallaba riñendo a sus criados porque "Geisha" no aparecía, tuvo una gratísima sorpresa al ver a la perrita y a Manuel... Abrazó a aquélla y se limitó a estrechar la mano con efusión a su antiguo novio.

—¡Pase!... Descanse un momento—le dijo.

—Si no he de estorbar a *alguien*...

—No... no.

Quitóse el abrigo y entró en una salita. Junto a él sentóse Dorina, a la que Manuel seguía amando, a pesar de todo, con la alegría del primer amor.

—¿Es usted feliz, Dorina?—le preguntó.

Ella, que también amaba a Manuel, pero que no quería confesárselo por orgullo, le respondió:

—¡Sí... soy feliz!... Roberto me quiere... Pronto me casaré con él.

—¡Que lo sea usted siempre!

Y herido por las palabras que ella pronunció, recogió el sombrero y despidióse de Dorina. En su precipitación olvidó el abrigo, que quedó en un rincón del recibimiento.

Y melancólico, pues la visión de aquella mujer había resucitado en su alma ciertos recuerdos, se dirigió a un café.

* * *

Allá, en su casa, Roberto acababa de vestirse cuando le telefonaron de la oficina donde ejercía el cargo de secretario.

—Hay sesión extraordinaria esta noche, Roberto—le dijo el gerente.

—¿Es realmente imprescindible mi asistencia?

—En absoluto.

Malhumorado, pues ello le privaba de ir con Dorina al baile de máscaras, cogió su cartera y se dirigió a casa de su novia para excusarse.

Dorina estaba ya disfrazada de maja y con la blanca y fascinadora mantilla.

Roberto, balbuceante, le comunicó que le era imposible asistir a la fiesta.

—Comprende, Dorina. Sobre todos estos asuntos tengo que informar esta noche.

Puso una porción de papeles sobre la mesa, junto a la carta de Pablo que aun estaba sin abrir, pues Dorina no se había fijado en ella.

Las explicaciones y unos besos de Roberto acabaron por convencer a Dorina, quien se resignó a quedarse sin el baile.

—Quedan muchos bailes de Carnaval. Te prometo solemnemente que iremos al próximo.

Recogió Roberto todos los papeles y los guardó en la cartera. Sin darse cuenta guardó también con ellos la carta de Pablo.

Y después de dar un largo y profundo beso a su enamorada, marchó hacia su obligación.

Dora se quitó el disfraz e indolentemente echóse sobre una *chaise-longue* comenzando la lectura de una novela que nada tenía de rosa...

Entretanto, en la calle, hacía rato que Pablo aguardaba a que su ídolo hiciera la señal convenida.

Llovía, y el galán, sin paraguas, iba calado hasta los huesos.

—Hasta ahora no hay señal—decía—. Pero si me coge Roberto, es el quien me señala.

Allí permaneció más de media hora.

De pronto, toda la casa quedó a oscuras y Dorina, extrañada, se vió precisada a interrumpir su deliciosa lectura.

Entró su doncella, diciéndole:

—Se ha apagado la luz en toda la casa, señorita. Algo de la línea, sin duda...

—Estamos arregladas...

Encendió una vela y volvió a tenderse en la *chaise-longue*. Pero el furioso viento que soplaba afuera abrió de par en par el balcón.

Disgustada, Dorina se levantó y fué a cerrar el balcón llevando en la mano la vela para iluminarse.

Pablo desde la calle vió la luz e interpretándolo como la señal afirmativa para sus caras ilusiones, se encaramó precipitadamente por la pared y entró en el cuarto de la joven, quien al verle lanzó un grito de espanto.

—¡Pablo! ¿Qué busca usted aquí?—le dijo.

Tiritando y estornudando, Pablo respondió:

—¿Y usted me lo pregunta? ¿No está el balcón

abierto? ¿No está la vela encendida?... ¡Entonces!

—¡Sigo sin entenderlo!—le dijo—. ¡Pero si viene usted caladito!... ¡Si está usted dando tiritones!...

—¡Por usted!

—Vamos, Pablo, venga y tomará un te bien caliente mientras se le seca la ropa y me explica ese misterio.

El joven, complaciente, se quitó la americana... ¡Qué bella era Dorina! Seguro estaba de pasar la noche con ella...

—No puedo más, Dorina—dijo cayendo a sus plantas—. Quise enfriar el fuego de mi pasión... pero el enfriamiento no llega. ¡Atchís, atchís!

—¿Que no llega el enfriamiento?—contestó, riendo.

—No es eso. Amo a usted con tal ardor que...

En aquel instante apareció Manuel a quien la doncella acababa de abrir la puerta.

Al ver a Pablo casi en la obscuridad con Dorina, sonrió terriblemente y dijo:

—¿También Pablo es visita de la casa?

—El pobre chico llegó para que lo tendieran... Y le puse a secar—dijo Dorina.

Pablo acababa de desaparecer por donde había venido. Tenía miedo de repetir la famosa frase: ¡Ay amor, cómo me has puesto!

Dorina preguntó a Manuel con sequedad:

—¿Y usted a qué ha venido? No son esas horas para visitar a una dama.

—Me hallaba en el café cuando me di cuenta de que había olvidado aquí mi abrigo, y he venido a recogerlo.

—Tómelo... Y crea, Manuel, que todo ha sido una casualidad...

En aquel instante apareció Roberto. Al examinar en su despacho los papeles descubrió entre ellos la carta

de amor firmada por X, y pleno de indignación venía para sorprender a la culpable.

Sonrió terriblemente al ver a la pálida luz de la vela a Dorina con Manuel. ¿Qué hacían casi a la sombra? Arrojando al suelo la carta origen de sus sospechas, dijo:

—¡Ha acabado usted de ser mi novia, señorita!

—Pero...

—Ni una palabra más.

Y salió dejando a Dorina estupefacta. Manuel recogió la carta, y los celos anidaron también en su espíritu al leerla.

—¡Ah... ah!... La petición de cita, la vela, Pablo aquí... Ya veo la Casualidad. ¡Qué frescura!

Y salió no menos furioso que su amigo y rival.

Dorina, desesperada, leyó la carta. Tres pretendientes... Y se quedaba sin ninguno. Y se echó a llorar lamentando la soledad que la envolvía, pues ella deseaba, necesitaba amor...

* * *

Los tres amigos se encontraron una hora después en la pensión. Los tres, para quienes la amistad era una cosa sagrada, se dieron amplias explicaciones, convencidos de que Dorina, mujer coqueta y fatal, era para todos un sueño imposible...

Acordaron renunciar a ella. Roberto y Pablo de una manera definitiva. Manuel, entristecido, pues era un verdadero y maravilloso amor el que se encerraba en su alma.

Y para buscar lo que les hacía falta, o sea la alegría, se dirigieron aquella misma noche a un baile que se daba en el Trocadero.

Entretanto, Dorina se había marchado a casa de la señora Bourgeois donde pasaría la velada y contaría sus penas.

La doncella de Dorina recibió una invitación que le entregaron poco después de haber salido su ama.

Era un billete de entrada con que la dirección del Trocadero obsequiaba a Dorina para asistir al gran baile de máscaras.

La doncella, que era preciosa y alocada, tuvo un mal pensamiento. ¿Por qué no aprovechar ella la invitación destinada a la señorita? Era joven y hermosa y también tenía derecho a la diversión. Y sin pensarlo más, se vistió el traje y la mantilla de maja de Dorina y encaminóse al baile.

Reinaba en él la alegría, el bullicio, el desenfreno más extraordinario. Se vió rodeada de caballeros que pretendían danzar con ella o formaban a su alrededor una rueda de bullicio.

Roberto al verla lanzó un grito de exclamación y dijo a sus compañeros:

—¡Esa máscara es Dorina!... Me sé de memoria su traje.

Los tres muchachos la rodearon diciéndola, alegremente:

—¡Eres Dorina... eres Dorina!

La doncella, asustada, escapó, seguida de Manuel, a quien el amor por la americana, enloquecía. Ya no se acordaba de sus anteriores propósitos de dejarla. La quería más que nunca.

Roberto y Pablo habían renunciado ya definitivamente a ella y no la importunaron más.

La doncellita temblaba tras su negro antifaz. Entró en una salita en compañía de Manuel. El joven la dió besos enloquecedores...

—Eres Dorina, ¿verdad? Por lo que más quieras, quítate la careta—le decía.

—¡No... no!...—decía ella, sonriente.

—Tu timbre de voz parece otro, y es que hablas en falsete, tono de carnaval.

Pretendió quitarle el antifaz, pero ella se levantó asustada, pretextando que tenía mucha prisa.

Salió del baile y Manuel quiso acompañarla. Al oír que la máscara daba la dirección de la casa de Dorina, ya no tuvo duda de que se trataba de ella. Y no insistió en quitarle la careta, porque ella se negaba... pero la llenó los labios de besos... y la doncella, golosa de caricias, creyó hallarse en el mejor de los mundos...

Llegaron a la casa, y a pesar de las protestas de la joven, Manuel entró también al chalet.

La doncella dejóse caer indolente en una *chaise-longue*, y Manuel la volvió a besar apasionadamente.

—Déjame que te quite el antifaz — le dijo—. Te adoro, Dorina...

Luchaba con ella para arrancárselo, cuando entró Dorina, de regreso de su visita a sus buenos amigos, los Bourgeois.

Manuel al verla dió un grito de espanto y arrancó violentamente el antifaz de la doncella, dándose cuenta entonces del engaño de que acababa de ser víctima.

—Con mi doncella, ¿eh?—gritó Dorina—. ¡Y en mi casa! ¡Es increíble, Manuel!

La criada había huído, roja como la grana, y Manuel intentaba defenderse:

—Fué un error... te lo juro... ¡Una condenada Casualidad!

—Pero... ¿existe el factor Casualidad... para el señor matemático?—le preguntó, burlona.

—¡Perdón, Dorina!... Yo te lo suplico... Creí que la doncella eras tú...

—No te creo...

—Mira... ven conmigo al baile... y allí sabrás la causa de mi confusión... De rodillas te lo pido... Ponte el traje de maja.

Ella vaciló, pero al cabo de unos momentos, deseosa de aclarar su situación y locamente enamorada, a pesar de todo, de Manuel, le dijo:

—Vamos adonde quieras, embustero... Pero espérame que me voy a vestir.

Un cuarto de hora más tarde salían de la casa en dirección al Trocadero. Dorina iba exactamente igual que la doncella. La careta la cubría el rostro.

Llegaron al baile... Roberto y Pablo avanzaron hacia ellos, y entonces, Manuel, riendo, quitó el antifaz a su amiga:

—¿Lo ves, Manuel?—dijo Roberto—. ¿No te dije que era Dorina?

—Pues no lo era... Tú... tú... y yo... los tres estábamos engañados—explicó Manuel—. Se trataba de la doncella de Dorina.

—¡Pues hubiéramos jurado que eras tú, Dorina!—dijo Roberto.

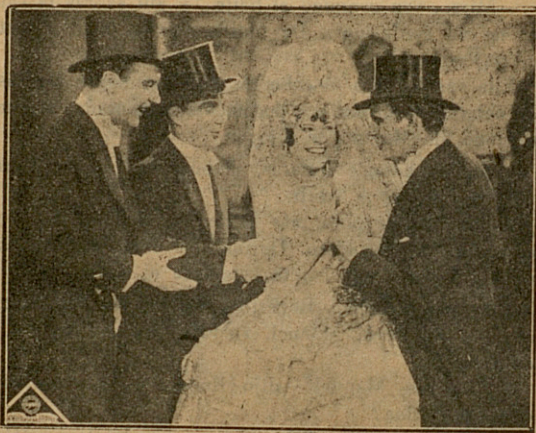
Ella callaba, complacida, viendo como realmente Manuel había obrado de buena fe... Este, sonriendo, dijo:

—Hemos sido juguete de la Casualidad y para que ésta no vuelva a hacernos una de las suyas, mañana asistiréis a nuestra boda. ¿No os parece?

—¡Sí, mi Manuel!—dijo Dorina.

Los novios se besaron, y Roberto y Pablo, que generosamente renunciaban en favor de su amigo a los encantos de Dorina, trajeron unas botellas de champaña y brindaron:

—¡Por los novios... y por su madrina La Casualidad!
Y dos días después, Dorina y Manuel se casaban, y



—Hemos sido juguete de la Casualidad...

la luna de miel la fueron a pasar lejos, muy lejos de sus amigos para que no volviera a importunarles más la Casualidad.

FIN

**Ediciones Especiales de
La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

**Estrellas dichosas
Esto es el cielo
La senda del 98
Espejismos
Evangelina**

HOY:

Orquídeas salvajes

por Greta Garbo y Nils Asther

Precio: 1 peseta

La novela EVA

Números publicados:

1. La ruja del taxímetro
por Domingo de Fuentayayor
2. La manicura que no sabía decir
que no
por Lili
3. Santa Madrona
(aguafuerte de los barrics bajos barceloneses)
por José Reygadas
4. Impresión... eléctrica
por Lina
5. Encarna, la enigmática
por Dora
6. Casada... y como si nada
por Don Nadie
7. Cuatro maridos
por Tony
8. El caso de Clarita
por Lina
9. Lasota es un «as»
por Don Lolo

Próximo número:

Por la cuenta de nueve

por Perla Gris

Ilustraciones en el texto

Precio: 30 céntimos

La Novela para Todos

Números publicados:

1. Mary la buena, Mary la mala
por Manuel Reinlein Sotomayor
2. La que no pudo ser mala
por Sara Insúa
3. La estrella de los montes
por R. Merchán Vargas
4. Ella, Él y el Perro
por Jorge Cary
5. Alicia, la divina amante
por L. Linares Lorca
6. Una mujer extraña
por Mariano San Ildefonso

COLABORACIÓN SELECTA

Ilustraciones en el texto

Precio: 30 cts.

El jueves saldrá el noveno cuaderno
de la novela en 20 cuadernos

De vendedora de periódicos a estrella de cine

Precio: 25 céntimos

Otro gran éxito

La Novela Sentimental

Precio:
30 cts.

GRAN EXITO DE

La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas fotografías

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

BARCELONA: Barbará, 16; MADRID: Caños, 1

E
B

1